2. EVANGELIO ÁRABE DE LA INFANCIA

Uno de los apócrifos que más claramente delatan el carácter compilatorio de escritos posteriores que utilizan como fuente de inspiración, entre otras, el *Protoevangelio de Santiago* y el *Evangelio del Pseudo Tomás* es el llamado «Evangelio árabe de la Infancia», del que ofrecemos el texto completo. Los diez primeros capítulos de este escrito reflejan la influencia del primero, mientras que los diecisiete últimos contienen numerosos episodios calcados en el segundo. El autor se ha servido además de las narraciones canónicas de la infancia, añadiendo detalles propios, por ejemplo, que la circuncisión de Jesús (Lc 2,21) tuvo lugar en la cueva del nacimiento (c.5) y que los magos en su viaje a Belén (Mt 2,1-12) venían aleccionados por una predicción de Zoroastro (c.7).

Los dos pasajes acabados de citar dejan entrever al mismo tiempo cierto culto a las *reliquias* (prepucio, pañales, etc.), que constituye un claro índice de su origen tardío. El que este apócrifo no pudo escribirse con anterioridad al siglo VI parecen confirmarlo otros episodios, como el de la «Historia del mulo» (cc.20-21), inspirada con toda seguridad en la *Historia Lausíaca* de Paladio (siglo V), donde se cuenta cómo un jumento quedó convertido en mujer gracias a las oraciones de Macario, el egipcio. El texto árabe fue dado a conocer por H. Sike en una edición bilingüe de 1697, en que se reproduce un manuscrito sin fecha de la Biblioteca Bodleiana de Oxford (Or. 350). Esta documentación sirvió de base para todas las ediciones posteriores, incluida la versión latina de Tischendorf (p.180-209), de la que depende la traducción castellana que presentamos. Posteriormente ha sido descubierto otro manuscrito árabe de dicho texto fechado en 1299 y perteneciente a la Biblioteca Laurenziana de Florencia, n.387.

La fuente de esta versión árabe hay que buscarla en originales *siríacos,* como demostró P. Peeters en 1914 y ha sido confirmado últimamente por M. Provéra (v. bibliografía). Los textos correspondientes están contenidos en una Historia de la Virgen María contenida en un manuscrito del siglo XIII-XIV, publicada por E. A. Wallis Bud-

ge en 1899 (v. bibliografía), juntamente con el manuscrito Sir. 159, fol. 231-239, de la Biblioteca Vaticana, copiado el año 1622 o 1623 por Efrén Phigana y estudiado por Peeters y Provéra en las obras citadas en la bibliografía.

Textos árabes: H. SIKE, *Evangelium Infantiae vel liber apocryphus de Infantia Salvatoris, ex manuscripto edidit ac latina versione et notis illustravit H. S.* (Traiecti ad Rhenum 1697); Tischendorf, 181-209 (sólo trad. latina), M. E. PROVÉRA, *Il Vangelo arabo dell'Infanzia secondo il Ms. Laurenziano orientale (n.387)* (Jerusalén 1973).

Texto siríaco: E. A. WALLIS BUDGE, «The history of the blessed Virgin Mary and the history of the Likeness of Christ», en *Luzac's Semitic Text and Translation Series IV/5* (Londres 1899).

Bibliografía: P. PEETERS, *Évangiles Apocryphes.* II: L'Évangile de l'Enfance (París 1914); O. H. E. BURMESTER, *Fragments from an Arabic Version of two Infancy Gospels* (El Cairo 1962) 105-114; SANTOS OTERO, *Los evangelios...,* 301-332; Craveri, 113-148; Erbetta, I/2, 102-123; Moraldi, I, 281-311; Starowieyski, 277-306; Schneemelcher, I, 363-366; Stegmüller-Reinhardt, 102-104.

EVANGELIO ÁRABE DE LA INFANCIA

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo un solo Dios.

Con el auxilio y el favor de la Divinidad Suprema empezamos a escribir el libro de los milagros de Jesucristo, Dueño, Señor y Salvador nuestro, que lleva por título Evangelio de la Infancia, en la paz del Señor. Amén.

I. Palabras de Jesús en la cuna

1. Encontramos lo que sigue en el libro del pontífice Josefo, sacerdote que vivió en los tiempos de Cristo y a quien algunos identifican con Caifás.

2. En él se cuenta que Jesús habló cuando se encontraba precisamente reclinado en la cuna, y que dijo a su madre: «Yo soy Jesús, el hijo de Dios, el Verbo (ὁ Λόγος), a quien tú has dado a luz de acuerdo con el anuncio del ángel Gabriel. Mi Padre me ha enviado para la salvación del mundo».

II. Viaje a Belén

1. En el año 309 de la era de Alejandro decretó Augusto que cada cual fuera a empadronarse en su lugar de origen. Levantóse, pues, José y tomando a María, su esposa, salió de Jerusalén y vino a Belén con intención de empadronarse con su familia en la ciudad natal.

2. Y, en llegando a una cueva, dijo María a José: «Se me echa encima el momento de dar a luz y no me es posible proseguir el camino hasta la ciudad; entremos, si te parece, en esta gruta». Tenía esto lugar a la caída del sol. José se dio prisa en buscar una mujer que la asistiera. Y, ocupado en esto, vio una anciana de raza hebrea, oriunda de Jerusalén, a quien dijo: «Bendita seas; date prisa y entra en esta gruta donde se encuentra una doncella a punto de dar a luz».

III. La partera de Jerusalén

1. A todo esto, se había puesto ya el sol cuando la anciana llegó a la gruta en compañía de José. Ambos penetraron dentro. Y he aquí que estaba iluminado el recinto con una luz más hermosa que el resplandor de lámparas y antorchas, y más refulgente que la luz del sol. Un niño en pañales y reclinado en un pesebre estaba mamando la leche de su madre, María.

2. Admirados los dos de esta luz, pregunta la anciana a María: «¿Eres tú, por ventura, la madre del recién nacido?» Al responder María afirmativamente, le dice: «Pues tú no eres como las demás hijas de Eva». A lo que María replica: «Lo mismo que mi hijo no tiene igual entre los niños, de igual manera su madre no tiene semejante entre las mujeres». Dice entonces la anciana: «Aquí he venido, señora mía, en busca de alguna recompensa, pues hace ya mucho tiempo que me encuentro aquejada de parálisis». Dícele, pues, María: «Pon tus manos sobre el niño». Y nada más hacer esto, quedó curada la mujer. Entonces marchó diciendo: «De ahora en adelante seré la esclava y criada de este niño durante todos los días de mi vida».

IV. Adoración de los pastores

1. En aquel momento llegaron unos pastores, quienes encendieron fuego y se entregaron a regocijados transportes de alegría. Simultáneamente se dejaron ver ejércitos celestiales que alababan y glorificaban a Dios. Los pastores se pusieron a imitarlos. Y así aquella cueva parecía el templo de un mundo sublime, ya que lenguas del cielo y de la tierra glorificaban y ensalzaban a Dios por la natividad de Cristo, nuestro Señor.

2. Y al ver la anciana hebrea estos milagros tan patentes, expresó su agradecimiento a Dios de esta manera: «Gracias, Señor, Dios de Israel, porque mis ojos han visto el nacimiento del Salvador del mundo».

V. Circuncisión

1. Y al llegar el tiempo de la circuncisión, esto es, el día octavo, el niño hubo de someterse a esta prescripción de la Ley. La ceremo-

nia tuvo lugar en la misma cueva. Y sucedió que la anciana hebrea tomó la partecita de piel circuncidada (otros dicen que fue el cordón umbilical) y la introdujo en una redomita de bálsamo añejo de nardo. Tenía ella un hijo perfumista y se la entregó, haciéndole con todo encarecimiento esta recomendación: «Ten sumo cuidado de no vender a nadie esta redoma de ungüento de nardo, por más que te ofrezcan por ella hasta trescientos denarios». Y ésta es aquella redoma que compró María, la pecadora, y que derramó sobre la cabeza y pies de Nuestro Señor Jesucristo, enjugándolos luego con sus propios cabellos.

2. Al cabo de diez días trasladaron el niño a Jerusalén; y, al cumplirse los cuarenta después de su nacimiento, lo presentaron en el templo para ofrecérselo a Dios. E hicieron por él sacrificios, de acuerdo con lo prescrito en la Ley mosaica: «Todo varón primogénito será consagrado a Dios».

VI. Presentación en el templo

1. Y cuando su madre, la Virgen María, le llevaba gozosa en sus brazos, le vio el anciano Simeón resplandeciente como una columna de luz. Los ángeles estaban en derredor suyo alabándole, como suele estar la guardia de honor en presencia de su rey. Simeón, pues, se acercó presurosamente a María y, extendiendo sus manos ante ella, se dirigió a Cristo en estos términos: «Ahora, oh Señor mío, puedes despedir a tu siervo en paz, de acuerdo con tu promesa. Pues mis ojos han visto la prueba de tu clemencia, que has preparado para la salvación de todos los pueblos; luz para todos los gentiles y gloria para tu pueblo Israel».

2. También intervino en aquella ceremonia la profetisa Ana, quien se acercó dando gracias a Dios y felicitando a María.

VII. Adoración de los magos

Y sucedió que, habiendo nacido el Señor Jesús en Belén de Judá durante el reinado de Herodes, vinieron a Jerusalén unos magos según la predicción de Zaradust. Y traían como presentes oro, incienso y mirra. Y le adoraron y ofrecieron sus dones. Entonces María tomó uno de aquellos pañales y se lo entregó en retorno. Ellos se

sintieron muy honrados en aceptarlo de sus manos. Y en la misma hora se les apareció un ángel que tenía la misma forma de aquella estrella que les había servido de guía en el camino. Y siguiendo el rastro de su luz, partieron de allí hasta llegar a su patria.

VIII. LLEGADA DE LOS MAGOS A SU TIERRA

Y salieron a su encuentro los reyes y los príncipes, preguntándoles qué era lo que habían visto o hecho, cómo habían efectuado la ida y la vuelta y qué habían traído consigo. Ellos les enseñaron este pañal que les había dado María, por lo cual celebraron una fiesta y, según su costumbre, encendieron fuego y lo adoraron. Después arrojaron el pañal sobre la hoguera y al momento fue arrebatado y contraído por el fuego. Mas cuando éste se extinguió, sacaron el pañal en el mismo estado en que estaba antes de arrojarlo, como si el fuego no lo hubiera tocado. Por lo cual empezaron a besarlo y a colocarlo sobre sus cabezas diciendo: «Ésta sí que es una verdad sin sombra de duda. Ciertamente es portentoso el que el fuego no haya podido devorarlo o destruirlo». Por lo cual tomaron aquella prenda y con grandes honores la depositaron entre sus tesoros.

IX. CÓLERA DE HERODES

1. Mas Herodes, al caer en la cuenta de que había sido burlado por los magos, ya que no habían vuelto a visitarle, llamó a los sacerdotes y sabios, diciéndoles: «Indicadme dónde debe nacer el Cristo». Y habiéndole ellos respondido que «en Belén de Judea», empezó a tramar la muerte de Jesucristo.

2. Entonces se le apareció a José entre sueños un ángel del Señor diciéndole: «Levántate, toma al niño y a su madre, y marcha camino de Egipto». Levantóse, pues, al canto del gallo y partió.

X. HUIDA A EGIPTO

1. Y mientras estaba cavilando sobre la manera de verificar el viaje, le sorprendió la alborada, cuando ya había recorrido un buen trecho del camino. En esto se iban acercando a una gran ciudad en

que se encontraba un ídolo al que todos los demás ídolos y divinidades egipcias ofrecían dones y votos. Al servicio de este ídolo había un sacerdote que se encargaba de transmitir a los habitantes de Egipto y de sus regiones cuanto Satanás hablaba por su boca. Tenía este sacerdote un hijo de tres años poseído de varios demonios, el cual charlaba y decía muchas cosas. Y al apoderarse de él los espíritus infernales, deshacía sus vestidos quedándose desnudo y se lanzaba contra las gentes a pedradas.

2. Había en la localidad un asilo dedicado a aquel ídolo. Y al ir a parar allí José y María con intención de hospedarse, los habitantes se llenaron de miedo y todos los hombres principales y sacerdotes idólatras se congregaron junto al ídolo mayor y le dijeron: «¿A qué viene esta agitación y temblor que acaba de sobrevenir a nuestra tierra?» Respondióles el ídolo: «Ha llegado aquí un dios disfrazado que es el Dios verdadero, ya que a ninguno fuera de Él se deben tributar honores divinos. Él en verdad es el Hijo de Dios. Esta tierra, al presentirle, se puso a temblar y ante su llegada se ha estremecido y conmovido. Nosotros nos sentimos también sobrecogidos de pavor ante la grandeza de su poder». Y en el mismo momento se desplomó, y a su caída acudieron todos los habitantes de Egipto y de otras regiones.

XI. CURACIÓN DEL NIÑO ENDEMONIADO

1. Mas el hijo del sacerdote, al sentirse atacado por su enfermedad habitual, entró en el asilo y encontró allí a José y María, de quienes todos los demás habían huido. La Señora Santa María acababa de lavar los pañales de Nuestro Señor Jesucristo y los había tendido sobre unos maderos. Llegó, pues, el niño endemoniado y tomando uno de estos pañales se lo puso sobre la cabeza. Entonces los demonios empezaron a salir de su boca, huyendo en forma de cuervos y de serpientes, al mandato de Jesús, quedando el niño sano. Y éste empezó a alabar a Dios y a dar gracias al Señor que le había curado.

2. Al verle su padre, ya bueno, le dijo: «Hijo mío, ¿qué es lo que te ha ocurrido?, ¿cómo es que te has curado?» Respondió el hijo: «Al echarme por tierra los demonios, me fui al asilo y allí encontré a una augusta señora con un niño, cuyos pañales, recién lavados, había tendido sobre unos maderos. Tomé uno de éstos y al ponérmelo en la cabeza los demonios me dejaron y huyeron». Su padre se llenó de

gozo y le dijo: «Hijo mío, bien puede ser que este niño sea el hijo de Dios vivo, creador de los cielos y de la tierra, pues al venir a nosotros se deshizo el ídolo y cayeron todos los demás dioses, pereciendo todos por la fuerza de su majestad».

XII. Temores de la Sagrada Familia

Y en esto se cumplió aquella profecía que dice: «De Egipto llamé a mi hijo». Mas José y María, oyendo que se había desplomado aquel ídolo haciéndose añicos, se llenaron de temor y de espanto y exclamaron: «Cuando estábamos en tierra de Israel, Herodes intentó matar a Jesús; y por esto acabó con todos los niños de Belén y de sus cercanías. No hay duda de que ahora, al enterarse los egipcios de que este ídolo ha sido aniquilado, nos quemarán vivos».

XIII. Los bandidos

1. Y saliendo de allí llegaron a un lugar infestado de ladrones. Los bandidos habían atacado a unos viajeros, despojándoles de sus vestidos y bagajes y apresándolos con fuertes ligaduras. Los malhechores oyeron entonces un ruido muy grande, como si se tratara de un rey magnífico que hubiera salido de su ciudad con todo su ejército y caballeros al sonido de tambores; quedaron por ello consternados y abandonaron cuanto habían cogido.

2. Entonces los cautivos se desataron unos a otros; y, recogiendo sus bagajes, se marcharon. Mas viendo acercarse a José y María, les preguntaron: «¿Dónde está ese rey cuya venida estrepitosa y magnífica ha sido la causa de que los bandidos nos dejaran libres, de manera que pudiéramos escaparnos?» Les respondió José: «Vendrá tras de nosotros».

XIV. La endemoniada

1. Después llegaron a otra ciudad, donde se encontraba una mujer endemoniada, que, habiendo salido una noche por agua, se había visto acometida por el maldito y rebelde Satanás. No era capaz de aguantar sus vestidos y no había manera de hacerla permanecer en casa. Siempre

que intentaban sujetarla con cadenas o con cordeles, rompía las ligaduras y huía desnuda a lugares salvajes. Se situaba en las encrucijadas de los caminos y entre los sepulcros, acometiendo a la gente con piedras y causando a sus familiares males sin cuento.

2. Al verla María se compadeció de ella, por lo que Satanás la dejó al momento y huyó en forma de un joven, diciendo: «¡Ay de mí, María, por culpa tuya y de tu Hijo!» De esta manera se vio libre aquella mujer de su azote. Dueña ya de sí, sintió vergüenza de su propia desnudez y retornó a casa, evitando el encuentro con las gentes. Y, cuando se hubo adecentado, contó a su padre y a los suyos el suceso tal como había tenido lugar. Éstos, siendo como eran los más nobles de la ciudad, dieron honrosísima hospitalidad a José y María.

XV. La joven muda

1. Al día siguiente, bien provistos de vituallas, se separaron de ellos. Al anochecer llegaron a otra ciudad, donde se estaban celebrando unas bodas. Pero la novia, por virtud del maldito Satanás y por arte de encantadores, había perdido el uso de la palabra y no podía hablar.

2. Y cuando la pobre desdichada vio a María que entraba en la ciudad llevando a su hijo, Nuestro Señor Jesucristo, dirigió hacia ella su mirada. Después extendió sus manos hacia Cristo, le tomó en sus brazos, le apretó contra su corazón y le besó. Y meciendo su cuerpecito del uno al otro lado, se inclinó sobre él. Al momento se desató el nudo de su lengua y se abrieron sus oídos. Entonces glorificó y dio gracias a Dios por haberle sido devuelta la salud. Y los habitantes de aquella ciudad se llenaron de regocijo y pensaron que era Dios con sus ángeles el que había bajado hasta ellos.

XVI. Otra endemoniada

1. Permanecieron allí tres días consecutivos, siendo honrados y agasajados espléndidamente por los esposos. Y, provistos de vituallas, partieron de allí y llegaron a otra ciudad, donde, como de costumbre, determinaron pernoctar. Había en la localidad una mujer de muy buena fama que, habiendo salido una noche a lavar al río, fue

sorprendida por el maldito Satanás. Éste se abalanzó sobre ella y se enroscó alrededor de su cuerpo; después, siempre que se acercaba la noche, la sometía a terribles torturas.

2. Esta mujer, al ver a María, Nuestra Señora, con el niño, que llevaba reclinado en su regazo, le dijo: «Señora, déjame ese niño para que lo lleve y lo bese». Dejóselo, pues, a la mujer. Cuando ésta le hubo acercado a sí, se vio libre de Satanás, quien la abandonó huyendo, sin que nunca desde entonces volviera a dejarse ver de la mujer. Por lo cual todos los presentes alabaron al Dios Sumo y esta mujer trató muy bien a los viajeros.

XVII. UNA LEPROSA

Al día siguiente, esta mujer tomó agua perfumada para lavar al Señor Jesús. Cuando esto hubo hecho, tomó parte de aquel agua y se la envió a una joven que allí vivía, cuyo cuerpo estaba blanco por la lepra. Al ser derramada sobre ella, la joven quedó inmediatamente limpia de su lepra. Y sus paisanos dijeron: «No cabe duda de que José, María y el Niño son dioses, no hombres». Y cuando los viajeros preparaban ya su marcha, se les acercó esta joven rogándoles que la admitieran como compañera de viaje.

XVIII. UN NIÑO LEPROSO

1. Y, recibido su asentimiento, la muchacha partió con ellos. Después llegaron a una ciudad donde se encontraba un príncipe muy esclarecido que habitaba su palacio y que además disponía de unas habitaciones destinadas a recoger huéspedes. Entraron en este compartimento. Mas la muchacha se llegó hasta donde estaba la esposa del príncipe y, encontrándola llorosa y apesadumbrada, le preguntó por la causa de su llanto. —«No te admires —dijo ella— de mi llanto. Estoy sumida en una terrible angustia que aún no he sido capaz de descubrir a hombre alguno». —«Quizá, si me la descubres, encontraré remedio para ella», dijo la muchacha.

2. Dijo entonces la mujer del príncipe: «Guarda, pues, secreto de lo que te voy a decir. Yo estoy casada con este príncipe, que es rey y tiene muchas ciudades sometidas a su mando. Llevo viviendo mucho tiempo con él sin tener hijos. Cuando por fin tuve uno, éste

resultó leproso y él lo aborreció juntamente conmigo. *O le matas,* me dijo, *o si no, envíaselo a una nodriza para que le críe lejos de aquí, de manera que no vuelva yo a tener noticia alguna suya. Por mi parte, no tengo ya nada que ver contigo ni volveré a mirarte.* Por ello me encuentro sin saber qué hacer y presa de la angustia. ¡Ay de mi hijo! ¡Ay de mi esposo!» —«¿No te lo dije? —replicó la muchacha—. He dado ya con el remedio para tu desgracia y ahora te lo indicaré. Has de saber que yo fui también leprosa y que me limpió un dios que se llama Jesús, hijo de María». Y preguntándole la mujer dónde se encontraba este Dios a quien se refería, respondió la muchacha: «Aquí mismo; dentro de tu misma casa». —«¿Y cómo es esto posible? —dijo ella—, «¿dónde se encuentra?» Respondió la muchacha: «Aquí están José y María. Pues bien, el niño que llevan se llama Jesús y es Él precisamente quien me libró a mí de mi atormentadora enfermedad». —«¿Y cómo fuiste tú curada de la lepra? —dijo ella—; «¿no es verdad que me lo darás a conocer?» —«¿Por qué no? —replicó la doncella—; tomé un poco de agua con la que su madre le había lavado y la derramé sobre mí. De esta manera me vi libre de la lepra».

3. Entonces se levantó la mujer del príncipe, los invitó a hospedarse en su propia casa y preparó a José un espléndido festín en medio de una nutrida concurrencia de caballeros. A la mañana siguiente tomó agua perfumada para lavar al niño Jesús. Después, tomando la misma agua, hizo lo propio con su hijo, quien al momento quedó limpio de la lepra. Tributando, pues, alabanzas y gracias a Dios, dijo: «Dichosa la madre, ¡oh Jesús!, que te dio a luz. ¿Así dejas limpios con el agua que ha bañado tu cuerpo a los hombres tus semejantes?» Finalmente colmó de regalos a María Nuestra Señora y la despidió con grandes honores.

XIX. UN SORTILEGIO

1. Y en llegando a otra ciudad, decidieron pasar allí la noche. Se hospedaron, pues, en la casa de un hombre que recientemente había contraído matrimonio, pero a quien malas artes tenían apartado de su esposa. Y habiendo pasado allí la noche, cesó el influjo del maleficio.

2. Y como intentaran a la mañana siguiente preparar sus cosas para proseguir el viaje, no les consintió esto aquel hombre sin antes ofrecerles un gran banquete.

XX. Historia de un mulo

1. Al día siguiente partieron de allí y en las cercanías ya de otra ciudad encontraron a tres mujeres que volvían llorando del cementerio. Al verlas, María dijo a la doncella que les acompañaba: «Pregúntales en qué circunstancias se encuentran y qué calamidad les ha sobrevenido». Ellas no quisieron responder a las preguntas de la doncella, sino que le interrogaron a su vez: «¿De dónde venís vosotros y adónde vais?, pues ya se está acabando el día y se echa encima la noche». Respondió la muchacha: «Nosotros somos unos viandantes que buscamos un lugar donde pernoctar». Ellas entonces dijeron: «Pues venid con nosotras y albergaos en nuestra casa».

2. Ellos las siguieron y fueron introducidos en una casa nueva, elegante y ricamente amueblada. Era a la sazón tiempo de invierno. La muchacha penetró hasta la pieza donde se encontraban las dueñas de la casa y las encontró afligidas y llorando. Estaba a su lado un mulo cubierto de brocado, ante el que se había puesto sésamo y a quien besaban y daban de comer. Al preguntarles la muchacha: «¿Qué es lo que sucede con este mulo, señoras mías?», ellas respondieron: «Este mulo que aquí ves era hermano nuestro, hijo de la misma madre. Al fallecer nuestro padre y quedarnos únicamente con él, pensamos proporcionarle un buen casamiento, como es costumbre entre las gentes. Pero unas mujeres, sirviéndose de malas artes, nos lo fascinaron sin saberlo nosotras».

3. «Y una noche, poco antes de amanecer, estando cerradas todas las puertas de casa, nos encontramos con que se había convertido en mulo, tal como ahora lo ves. Éste es para nosotras un motivo de tristeza muy grande, ya que no tenemos un padre con quien consolarnos. Por ello no hemos dejado mago alguno o docto o encantador sin consultar en todo el mundo, pero de nada nos ha valido. Cuantas veces nuestro pecho se siente oprimido por la angustia, nos levantamos y vamos con nuestra madre a llorar cabe el sepulcro de nuestro padre y luego nos volvemos a casa».

XXI. Vuelve a ser hombre

1. Al oír tales cosas, la muchacha les dijo: «Tened buen ánimo y no lloréis. El remedio de vuestro mal lo tenéis muy cerca; más aún, entre vosotras; en vuestra misma casa. Yo a mi vez fui leprosa, pero

en cuanto vi aquella mujer que llevaba en brazos un infante llamado Jesús, tomé el agua con que ella lo lavaba, la derramé sobre mí y quedé curada. Estoy segura de que Él puede también poner remedio a vuestro mal. Así pues, levantaos, id a ver a mi señora María y descubridle vuestro secreto, rogándole que se compadezca de vosotras».

2. Cuando las mujeres hubieron oído las palabras de la muchacha, se acercaron rápidamente a Nuestra Señora María, la hicieron entrar en su habitación y se sentaron junto a ella, diciendo entre sollozos: «¡Oh Señora nuestra, María!, ten compasión de nosotras, pues no nos queda ya en la familia una persona mayor o principal ni padre ni hermano que nos proteja. Este mulo que aquí ves era nuestro hermano, a quien unas malvadas mujeres con sus sortilegios le han dejado reducido al estado en que ahora le encuentras. Te rogamos, pues, que te compadezcas de nosotras. Entonces María tomó al niño, lo puso sobre el lomo del mulo, se echó a llorar con aquellas mujeres y dijo a Jesucristo: «¡Ea, hijo mío!, cura por tu gran misericordia a este mulo y hazle hombre racional como lo era antes».

3. En cuanto salió esta voz de la boca de María, el mulo cambió de forma y se convirtió en hombre: un joven sin tacha. Entonces él mismo, su madre y sus hermanas adoraron a María y levantando al niño Jesús empezaron a besarle, diciendo: «Dichosa tu madre, ¡oh Jesús!, Salvador del mundo. Dichosos los ojos que gozan del encanto de tu vista».

XXII. UNA BODA RUMBOSA

1. Dijeron finalmente las dos hermanas a su madre: «Ya ves que nuestro hermano ha tomado de nuevo la forma humana gracias al auxilio de Jesucristo y a la intervención saludable de esta doncella, que fue quien nos presentó a Jesús y a María. Ahora bien, puesto que es soltero, lo mejor que podemos hacer es darle en matrimonio esta muchacha». Y como María asintiera a su petición, prepararon unas bodas suntuosas a la muchacha. Y se cambió la tristeza en alegría y el llanto en cánticos festivos. Y empezaron todos a dar muestras del gozo que les embargaba, cantando y ataviándose con trajes hermosísimos. Después recitaron unas coplas que decían: «Jesús, Hijo de David, Tú eres el que cambia la tristeza en alegría y los lamentos en gritos de júbilo».

2. Y permanecieron allí José y María diez días consecutivos. Después se despidieron con grandes honras por parte de aquellos hombres, quienes les acompañaron a la salida y se volvieron llorando, particularmente la muchacha.

XXIII. Los bandidos

1. Y de allí pasaron a una región desierta que, al decir de las gentes, estaba infestada de ladrones. A pesar de ello, determinaron José y María atravesarla de noche. Y durante la marcha vieron dos ladrones apostados en el camino y con ellos muchos otros malhechores de la misma banda que estaban durmiendo. Los dos primeros se llamaban Tito y Dúmaco. Dijo, pues, aquél a éste: «Te ruego que les dejes marchar libremente, de manera que pasen inadvertidos a nuestros compañeros». Oponiéndose a ello Dúmaco, le dice Tito de nuevo: «Mira, puedes contar con cuarenta dracmas; ahora toma esto en prenda». Y le alargó la faja que llevaba en la cintura. Todo esto lo hacía con el fin de que su compañero no hablara y los delatase.

2. Y viendo María el favor que este ladrón les había hecho, se dirige a él y le dice: «El Señor te protegerá con su diestra y te concederá la remisión de tus pecados». Entonces Jesús intervino y dijo a su madre: «Madre mía, de aquí a treinta años me han de crucificar los judíos en Jerusalén y estos dos ladrones serán puestos en cruz juntamente conmigo. Tito estará a la derecha, Dúmaco a la izquierda. Tito me precederá al paraíso». Ella respondió: «Aparte esto de ti Dios, hijo mío».

3. Y se alejaron de allí con dirección a la ciudad de los ídolos, la cual a su llegada se convirtió en colinas de arena.

XXIV. La Sagrada Familia en Matarieh

De aquí se dirigieron hacia el sicómoro aquel que hoy día se llama Matarieh. Allí hizo brotar el Señor una fuente y María lavó en ella la túnica de Jesús. Y del sudor esparcido se produjo un bálsamo por toda aquella región.

XXV. La Sagrada Familia en Menfis

De aquí bajaron a Menfis; y, después de visitar al faraón, permanecieron tres años en Egipto, donde Jesús hizo muchos milagros

que no están relatados ni en el Evangelio de la Infancia ni en el Evangelio Completo.

XXVI. VUELTA A ISRAEL

1. Y al cumplirse los tres años retornó de Egipto. Pero, habiendo oído decir al tocar los confines de Judea que, si bien Herodes estaba ya muerto, su hijo Arquelao le había sucedido en el trono, José tuvo miedo de entrar. No obstante, se dirigió allá. Y en esto se le apareció un ángel de Dios, que le dijo: «José, márchate a la ciudad de Nazaret y quédate allí».

2. Es admirable el que fuera peregrinando por diversos países el que es dueño de todos ellos.

XXVII. PESTE EN BELÉN

1. Y al entrar después en Belén se encontraron con que la ciudad estaba infestada de una peste que atacaba los ojos de los niños y les causaba la muerte.

2. Había allí una mujer que tenía su hijo enfermo. Al verlo ya agonizante, lo llevó a María, que se encontraba a la sazón bañando a Jesucristo, y le dijo: «¡Oh María, señora mía!, ten una mirada de compasión para este mi hijo que sufre dolores muy agudos».

3. María escuchó y dijo: «Toma el agua con que acabo de bañar a mi hijo y lávale al tuyo con ella». Tomó la buena mujer el agua aquella e hizo tal como se lo había indicado María. Cesó inmediatamente la agitación y tras de un breve sueño despertó el niño salvo y sano. Su madre, llena de gozo, se lo llevó de nuevo a María y ésta le dijo: «Da gracias a Dios, porque Él ha devuelto la salud a tu hijo».

XXVIII. OTRO NIÑO AGONIZANTE

1. Vivía allí otra mujer, vecina de aquella cuyo hijo había sido curado. Tenía a su hijo aquejado de la misma enfermedad, y la pobre criatura, casi sin vista, se pasaba los días y las noches en un continuo lamento. Le dijo la madre del niño curado anteriormente: «¿Por qué no llevas tu hijo a María como lo hice yo con el mío, que estaba ya

agonizante? Éste se me puso bueno al solo contacto del agua con que Jesús había sido bañado por su madre».

2. En oyendo esto la mujer, se marchó y ungió a su hijo con la misma agua. Al momento el cuerpecito y los ojos del niño recobraron la salud. Y cuando esta buena mujer fue a visitar a María para referirle lo ocurrido, la Virgen le recomendó encarecidamente que diera gracias a Dios por la curación del niño y que no contara a nadie lo sucedido.

XXIX. Un niño en el horno

1. Había en la misma ciudad dos mujeres casadas con un mismo hombre. Cada una tenía un hijo y ambos estaban atacados por la fiebre. Una de ellas se llamaba María, y su hijo, Cleofás. Levantóse ésta y fuese a ver a María, la madre de Jesús, para ofrecerle un hermoso velo y decirle: «¡Oh María, señora mía!, acepta este velo y dame en retorno uno solo de los pañales del niño». Asintió María y se marchó la madre de Cleofás. Ésta hizo de la prenda una túnica y se la puso a su hijo, el cual sanó al momento de su enfermedad. Pero el hijo de su rival murió a las veinticuatro horas. Por este motivo se produjo enemistad entre ellas.

2. Era costumbre el que cada una se encargara de los oficios domésticos en semanas alternas. Tocó, pues, el turno a María, la madre de Cleofás. Ocupada en estos menesteres, encendió una vez el horno; y, dejando a su hijo junto al fuego, se fue a buscar la masa para hacer pan. La rival, al percatarse de que estaba solo el niño, lo cogió y lo echó al horno, cuya temperatura mientras tanto se había elevado mucho. Después se retiró a hurtadillas. Cuando volvió María encontró a su hijo sonriente en medio de las llamas y le pareció como si el horno se hubiera refrigerado. Cayó entonces en la cuenta de que su émula lo había precipitado allí. Lo sacó, pues, en seguida y se fue corriendo donde estaba María (la madre de Jesús) para referirle lo sucedido. Ésta le dijo: «Calla y no se lo cuentes a nadie, pues temo por ti si lo divulgas». Otra vez salió la rival a buscar agua al pozo. Dio la casualidad de que estaba Cleofás junto al brocal y, al percatarse de que no había ningún testigo, lo arrojó dentro y se marchó. Fueron unos hombres a buscar agua y encontraron al niño sentado en la superficie. Bajaron y lo sacaron de allí, sobrecogidos de admiración ante el caso. Y todos alabaron a Dios. Entonces vino su

madre, lo cogió y se lo llevó llorando a Nuestra Señora, diciendo: «¡Oh señora mía!, mira qué ha hecho mi rival con mi hijo y cómo le ha arrojado al pozo. No puede menos de ocurrir que algún día acabe con él». Le dijo María: «Dios te vengará de ella». Posteriormente hubo de ir la rival al pozo para sacar agua. Mas con tan mala suerte que se le enredaron los pies en la soga y cayó al fondo. Es verdad que vinieron algunos hombres para sacarla, pero la encontraron con la cabeza magullada y los huesos fracturados. Así pereció de mala manera y se cumplió en ella aquel dicho: «Cavaron un pozo muy hondo y cayeron en la fosa que habían preparado» (Sal 7,16).

XXX. Un futuro apóstol

1. Otra mujer de la localidad tenía dos hijos gemelos. Ambos fueron atacados por la enfermedad. El uno murió y el otro se encontraba en muy mal estado. Tomó a éste su madre y se lo llevó a María, diciéndole: «¡Oh señora mía!, socórreme, pues de dos hijos que tenía, el uno ha poco que lo sepulté y el otro está para morir. En este trance habré de rogar a Dios de esta manera: ¡Oh Señor!, tú eres misericordioso, clemente y lleno de piedad. Tú me diste dos hijos; ya que me has quitado el uno, déjame al menos el otro».

2. La Virgen María se compadeció al ver lo amargo de su llanto y le dijo: «Coloca a tu hijo en la cuna del mío y cúbrele con los vestidos de éste». Púsole, pues, en la cuna donde Cristo reposaba, después que había cerrado ya los ojos y era cadáver. Y al perfume que exhalaban los vestidos de Jesús abrió el niño los ojos y se puso a llamar con grandes voces a su madre. Después pidió pan y lo chupó. Entonces su madre exclamó: «¡Oh señora mía!, ahora reconozco que la virtud de Dios habita en ti, ya que tu hijo devuelve la salud a sus semejantes al solo contacto de sus vestidos». Este niño devuelto a la vida es aquel que en el evangelio lleva el nombre de Bartolomé.

XXXI. Una mujer leprosa

1. Fue testigo de esta escena una mujer leprosa que por allí se encontraba, la cual se dirigió a la madre de Jesús en estos términos: «¡Oh señora mía!, préstame tu ayuda». Le respondió María: «¿Y qué es lo que necesitas?, ¿oro, plata, o bien ver tu cuerpo libre de la le-

pra?» Y la mujer exclamó: «¿Mas quién será capaz de obtenerme esto último?» A lo que repuso nuestra señora la Virgen María: «Espera un momento mientras doy un baño a mi hijo Jesús y lo deposito en la cuna».

2. Aguardó la mujer conforme se le había indicado. Y cuando María terminó de arreglar al niño, se dirigió a la mujer y le dio un poco del agua con que había bañado a Jesús, diciéndole: «Toma esta agua y derrámala sobre tu cuerpo». Y en haciendo esto quedó limpia, con lo que rindió a Dios las cumplidas gracias y alabanzas.

XXXII. OTRA LEPROSA

1. Marchóse, pues, aquella señora tras haber permanecido tres días en casa de María. Y al llegar a una ciudad se encontró con un hombre principal que había contraído matrimonio recientemente con la hija de otro personaje de su rango. Mas al poco tiempo de casados observó el marido una motita de lepra como una estrella entre las cejas de su esposa. Y se separó de ella, disolviendo el matrimonio. Al verlos la buena mujer sumidos en este estado de abatimiento y de tristeza, les preguntó por la causa de su llanto. Mas ellos respondieron: «No pretendas escudriñar nuestra situación, pues no estamos dispuestos a descubrir a ninguno de los mortales la causa de nuestro dolor». Insistió ella, no obstante, y rogó que se la dieran a conocer, pues quizá tenía a su disposición algún remedio contra el mal que les aquejaba.

2. Le presentaron por fin a la muchacha y, al ver las señales de lepra que aparecían entre sus cejas, dijo la mujer: «Yo misma, tal como me veis, estaba herida de la misma enfermedad, cuando, por ciertos asuntos que surgieron casualmente, hube de hacer un viaje a Belén. Al entrar en la ciudad vi en una caverna a una señora por nombre María con un hijo llamado Jesús. Ella, al verme leprosa, se compadeció de mí y me proporcionó un poco del agua con que acababa de bañar a su hijo. Rocié con ella mi cuerpo y quedé limpia». Dijeron, pues, a la mujer aquella: «¿No sería posible que te levantaras y vinieras con nosotras para indicarnos quién es esa señora que se llama María?» Y, obtenido su consentimiento, se levantaron todos y se pusieron en camino, llevando consigo espléndidos presentes.

3. Entraron finalmente donde estaba María y, después de ofrecerle sus dones, le presentaron la muchacha leprosa. Al verla, excla-

mó María: «Que la misericordia del Señor Jesucristo descienda sobre vosotros». Después les ofreció un poco de aquel agua que había servido para bañar a Jesús y mandó que la derramaran sobre aquella pobrecita. Cuando esto hubieron hecho, quedó curada la enferma y todos a coro se pusieron a alabar a Dios. Después tornaron llenos de gozo a su ciudad glorificando a Dios. Y al oír el príncipe que su esposa había sido curada, la recibió en su casa, celebró por segunda vez las nupcias y dio gracias a Dios por la curación.

XXXIII. UNA JOVEN ENDEMONIADA

1. Vivía también allí una jovencita que era atormentada de continuo por Satanás. El maldito se le aparecía con frecuencia en forma de un dragón que se disponía a engullirla y le chupaba la sangre, de manera que la pobrecita estaba ya casi reducida a cadáver. Siempre que se le acercaba el maligno, juntaba sus manos sobre la cabeza y decía a grandes voces: «¡Desdichada de mí!, porque no hay nadie capaz de librarme de este dragón». Sus padres y todos los que estaban a su alrededor, o simplemente la veían, se dolían de su desgracia. Muchas personas la rodeaban y se lamentaban entre sollozos al verla llorar y decir: «¡Oh hermanos y amigos míos! ¿No hay nadie que pueda librarme de este criminal?»

2. Oyóla un día la esposa del noble, aquella que había sanado de la lepra. Subió a la terraza de su palacio desde donde la vio llorando con las manos en la cabeza y asimismo a la gente que la rodeaba. Preguntó, pues, al marido de la endemoniada si vivía aún su suegra, a lo que él respondió que vivían aún sus padres políticos. Entonces le dijo: «Hazme venir aquí a la madre de tu esposa». Y en cuanto la tuvo a su lado, le preguntó: «¿Es hija tuya esta pobrecita?» «Así es», dijo la mujer toda triste y llorosa. Repuso entonces la hija del noble: «Guarda el secreto que voy a confiarte. Te participo que yo también fui leprosa, pero ha poco me devolvió la salud María, la madre de Jesús. Y si tú quieres ver sana a tu hija, llévala a Belén, busca a esta señora y espera confiadamente que tu hija será curada. Por mi parte estoy segura de que volverás a mí llena de alegría, viendo a tu hija gozando de perfecta salud». La mujer, que oyó las palabras de aquella dama, tomó inmediatamente a su hija, se puso en camino hacia el lugar designado y, al llegar a la presencia de María, le manifestó el estado de su hija. Cuando María hubo escuchado sus palabras, le dio

un poco de aquel agua con que había lavado el cuerpo de Jesús y le mandó que la derramara sobre su hija. Después le dio una de las fajas que usaba Jesús diciéndole: «Toma esta prenda y muéstrasela al enemigo cuantas veces le veas». Y con un saludo las despidió.

XXXIV. OTRA POSESA

1. Partieron de allí con dirección a su ciudad. Y, llegado el momento en que la joven solía quedar sometida a la acción diabólica, se le apareció el maldito en forma de un dragón terrible, a cuya vista la muchacha se llenó de miedo. Su madre le dijo: «No temas, hija: en cuanto se te acerque, muéstrale la prenda que nos regaló la Señora María y vamos a ver qué es lo que sucede».

2. Se acercó, pues, Satanás bajo la forma de aquel maldito dragón y la joven se puso a temblar de pies a cabeza. Pero en seguida sacó la faja, la puso sobre su cabeza y se cubrió con ella los ojos. Entonces empezaron a salir de la prenda brasas y llamas que eran lanzadas contra el dragón. ¡Oh qué gran milagro se obró cuando el maligno dirigió su mirada a aquella faja, de la que centelleaba fuego que venía a dar sobre su cabeza! Exclamó entonces con gran voz: «¿Qué tengo que ver yo contigo, Jesús, hijo de María? ¿A dónde huiré de ti?», y consternado se apartó de la muchacha y no volvió a aparecérsele. Ésta gozó por fin de paz y tributó gracias y alabanzas a Dios. Y todos los que presenciaron el milagro la acompañaron en su oración.

XXXV. JUDAS ISCARIOTE

1. Vivía allí mismo otra mujer cuyo hijo era atormentado por Satanás. Su nombre era Judas. Cuantas veces la pobre criatura era embestida por el demonio, se ponía a morder a todos cuantos se le acercaban. Y si no encontraba nadie a su alcance, se mordía sus propias manos y miembros. Al llegar, pues, la fama de la Virgen María y de su hijo Jesús a la madre del desgraciado, se levantó ésta y llevó a Judas ante la presencia de Nuestra Señora.

2. Entre tanto, Santiago y José habían sacado al niño Jesús fuera de casa para jugar con otros niños. Y, estando todos sentados, se acercó Judas el endemoniado, y se puso a la derecha de Jesús.

Entonces fue atacado por Satanás, como de costumbre, y quiso morder a aquél; pero no pudo. Sin embargo, le hizo daño en el costado derecho y Jesús se puso a llorar. Mas de repente salió Satanás del endemoniado bajo la forma de un perro rabioso. Y este niño era Judas Iscariote, el que luego habría de entregarle a los judíos. Es de notar que el costado en que le lastimó Judas fue el mismo que traspasaron los judíos con una lanza.

XXXVI. LAS FIGURILLAS DE BARRO

1. Cumplió el niño Jesús los siete años y estaba un día entretenido jugando con los muchachos de su misma edad. Todos se divertían haciendo con barro figurillas de asnos, bueyes, pájaros y otros animales. Cada cual hacía alarde de sus habilidades y aplaudía su trabajo. Entonces dijo Jesús a los demás: «Yo voy a mandar correr a mis figurillas». Admirados los otros, le preguntaron si por ventura era hijo del Creador.

2. Entonces Jesús las mandó ponerse en movimiento, y ellas empezaron a saltar. Luego, a una indicación suya, se volvieron a parar. Había hecho también figuras de pájaros y aves, que, al oír su voz, se echaban a volar; mas cuando las mandaba estarse quietas, se paraban. Y siempre que les ponía algo de comer o de beber, ellas comían o bebían. Al marcharse los muchachos contaron todo esto en casa, y sus padres les dijeron: «Tened cuidado, hijos, y no tratéis con él. Huid y no juguéis ya más en su compañía, pues es un encantador».

XXXVII. LOS COLORES DEL TINTORERO

1. Jugueteando un día Jesús con los muchachos, vino a pasar frente a la tienda de un tintorero llamado Salem, quien tenía allí depositados muchos paños para teñir.

2. Entró Jesús en el taller y se entretuvo en coger todos los paños que allí había e irlos metiendo en un recipiente lleno de azul índigo. Al llegar Salem y percatarse del estropicio, se puso a gritar desaforadamente y a reñir a Jesús diciendo: «¿Qué es lo que me has hecho, hijo de María? Me has deshonrado ante los vecinos, pues cada uno deseaba un color a su gusto y tú lo has echado todo a per-

der». Respondió Jesús: «Todos los colores que quieras cambiar, yo me comprometo a cambiártelos». Y en seguida empezó a sacar las prendas del recipiente, teñidas cada una del color que quería el tintorero, hasta que estuvieron todas fuera. Los judíos, al ver el portento, alabaron a Dios.

XXXVIII. Jesus en la carpintería

1. José, siempre que salía a la ciudad, solía llevar consigo a Jesús. Es de saber que, dado el oficio que tenía, la gente le encargaba puertas, ordeñaderos, catres y arcas. Dondequiera que fuese, siempre le acompañaba Jesús.

2. Y sucedía que cuando José tenía necesidad de alargar o cortar algún madero (ya se tratara de un codo o de un palmo), o bien de hacerlo más ancho o más estrecho, Jesús no hacía nada más que extender sus manos hacia el objeto y éste se acoplaba a la medida, sin que José tuviera necesidad de poner en ello la mano. Es de notar que éste no estaba extraordinariamente práctico en el arte de la carpintería.

XXXIX. Un encargo para el rey

1. Cierto día le llamó el rey de Jerusalén para decirle: «José, quiero que me hagas un trono a la medida del sitio donde yo acostumbro a sentarme». Obedeció José y permaneció dos años en palacio a partir del día en que puso manos a la obra hasta que la dio por terminada. Y, estando ya para trasladarlo a su lugar, cayó en la cuenta de que faltaban dos palmos para la medida propuesta. Al ver esto el rey se enfadó con José; y éste, presa de un gran temor, pasó la noche sin cenar ni probar bocado.

2. Preguntándole Jesús la causa de su temor, respondió: «He perdido el trabajo de dos años enteros». Le dijo Jesús: «No tengas miedo ni te dejes dominar por el abatimiento. Toma más bien un lado del trono; yo tomaré el otro y a ver si lo arreglamos». José puso en práctica lo que le había dicho Jesús, y sucedió que, al tirar cada uno de su parte, quedó el trono arreglado y proporcionado a las medidas del lugar. Los circunstantes que presenciaron este prodigio se llenaron de estupor y alabaron a Dios.

3. La madera del trono procedía de aquellos árboles tan apreciados en tiempos de Salomón, hijo de David, por su variedad y sus múltiples aplicaciones.

XL. UNA TRETA DE MUCHACHOS

1. Otro día salió Jesús a la calle, y, viendo unos muchachos reunidos para jugar, quiso seguirles. Mas ellos se le escondieron. Entonces preguntó a unas cuantas mujeres que estaban a la puerta de una casa dónde se habían ido. Ellas respondieron que allí no estaban, a lo que Jesús replicó: «¿Quiénes, pues, son estos que veis en el horno?» Las mujeres dijeron que se trataba de unos cabritos de tres años. Entonces exclamó Jesús: «Venid aquí, cabritos, en torno a vuestro pastor». Nada más pronunciar estas palabras, salieron los muchachos en forma de cabritos y se pusieron a triscar a su alrededor. Viendo esto las mujeres se llenaron de admiración y de temor y se echaron a los pies de Jesús, diciendo: «Oh Jesús, Señor nuestro, hijo de María: Tú eres de verdad el pastor de Israel; ten compasión de las siervas que están ante ti y que nunca lo dudaron, pues tú, oh Señor, has venido a curar y no a perder».

2. Y como hubiera respondido Jesús que los hijos de Israel eran como los etíopes entre los demás pueblos, replicaron las mujeres: «Tú, Señor, sabes todas las cosas y nada se te oculta. Te rogamos, apelando a tu piedad, que devuelvas estos muchachos, tus siervos, a su primitivo estado». Dijo, pues, el Señor Jesús: «¡Muchachos, a jugar!» Y a vista de las mujeres, quedaron al momento los cabritos convertidos en muchachos.

XLI. JESÚS, REY

Y en el mes de *Adar* Jesús reunió a los muchachos en torno a sí, como un rey. Éstos pusieron en el suelo sus vestidos y Él se sentó sobre ellos. Después tejieron una guirnalda, ciñeron con ella sus sienes y formaron a ambos lados de Él como chambelanes en presencia de su rey. Y a todo el que transitaba por aquel camino, le obligaban a interrumpir su marcha diciendo: «Antes de proseguir tu viaje, rinde vasallaje y adora al Rey».

XLII. SIMÓN EL CANANEO

1. Y, mientras estaban así entretenidos, se acercaron a aquel lugar unos hombres que llevaban un niño. Éste había ido con sus compañeros al monte en busca de leña; y, al divisar un nido de perdiz, extendió su mano para apoderarse de los huevos. Mas con tan mala suerte que en el mismo momento salió del nido una serpiente y le picó. Dio entonces gritos pidiendo auxilio, y sus compañeros corrieron a su lado, encontrándolo ya tendido en tierra como muerto. Llegaron después sus padres y lo levantaron para llevárselo.

2. Y llegaron al sitio donde estaba Jesús sentado a manera de rey rodeado de los demás muchachos que le servían de ministros. Éstos salieron al paso del cortejo y dijeron a los portadores: «¡Ea! Venid a rendir homenaje a vuestro Rey». Ellos se negaron a causa de la aflicción en que estaban sumidos, mas los muchachos les arrastraron a viva fuerza, bien a pesar suyo.

3. Cuando por fin estuvieron en su presencia, Jesús inquirió sobre el motivo de llevar así al muchacho. Y al saber que le había mordido una serpiente, dijo a los suyos: «Vayamos y démosle muerte». Los padres del herido le suplicaron que les permitiera marchar, ya que su hijo se encontraba en la agonía; mas los muchachos se encararon con ellos diciendo: «Pero ¿es que no os habéis enterado de lo que ha dicho el Rey, *vayamos y demos muerte a la serpiente?* ¿Acaso os negáis a complacerle?» Y así, muy a pesar suyo, dieron marcha atrás a la litera.

4. En llegando al lugar del nido, preguntó Jesús a los muchachos: «¿Es aquí donde estaba la serpiente?» Ellos contestaron afirmativamente. Y en seguida, nada más oír la voz de Jesús, salió el reptil con todo rendimiento. Entonces le dijo Jesús: «Mira, vete y chupa todo el veneno que has inoculado a este niño». La serpiente se fue arrastrando hasta él y chupó todo el veneno. Después de lo cual, Jesús fulminó una maldición sobre ella y al instante reventó. El niño se puso a llorar después de ser curado; mas Jesús le dijo: «No llores, pues un día has de ser mi discípulo». Éste es precisamente Simón Cananeo, de quien se hace mención en el Evangelio.

XLIII. JESÚS Y SANTIAGO

Otro día envió José a su hijo Santiago a recoger leña. Jesús se ofreció para acompañarle. Y, en llegando al bosque, comenzó San-

tiago su trabajo; mas fue mordido en su mano por una víbora maligna y se puso a dar voces, llorando. Al darse cuenta de lo que pasaba, corrió Jesús a su lado y sopló en el lugar donde había sido mordido por la víbora. Hecho lo cual, quedó curado sin más.

XLIV. Un niño desplomado

Otro día se encontraba Jesús jugando con otros niños encima de una terraza. Uno de éstos cayó desde lo alto y murió al instante. Los demás se dieron a la fuga, y Jesús quedó solo en la terraza. Llegaron entonces los padres del difunto y le dijeron: «Tú empujaste a nuestro hijo desde arriba». Jesús lo negó; mas ellos se pusieron a dar voces diciendo: «Nuestro hijo ha muerto, y éste es el que lo ha matado». Replicó Jesús: «No me calumniéis; y si es que no queréis creerme, vamos a preguntárselo al niño para que él ponga las cosas en claro». Entonces bajó Jesús, se acercó al muerto y le dijo a grandes voces: «Zenón, ¿quién fue el que te tiró abajo?» Y el difunto respondió y dijo: «No fuiste Tú, Señor, sino el Terror». Jesús recomendó a los circunstantes que prestaran atención a sus palabras, y todos alabaron a Dios por este milagro.

XLV. El cántaro roto

1. Mandó una vez María a Jesús por agua a la fuente. Mas a la vuelta, cuando traía el cántaro lleno, recibió éste un gran golpe y se partió.

2. Entonces Jesús extendió su pañuelo, recogió el agua en él y se la llevó a su madre. Ésta se llenó de admiración y conservaba escondido dentro de su corazón todo lo que se ofrecía a sus ojos.

XLVI. Jugando con el barro

1. Una vez estaba Jesús jugando con otros niños a la orilla de un arroyo. Todos se entretenían formando pequeñas balsas. El Señor había hecho doce pajaritos de barro y los había puesto de tres en tres a ambos lados de la balsa. Y era a la sazón día de sábado.

2. Se acercó por allí el hijo de Hanán y, viéndolos en este entretenimiento, se enfadó muchísimo. E indignado dijo: «¿No os da ver-

güenza de poneros a hacer figuras de barro en día de sábado?» Y en un momento estropeó las balsas. Dio entonces Jesús unas palmadas a sus pájaros y éstos se echaron a volar piando.

3. Al verlos el hijo de Hanán, se acercó también a la balsa de Jesús y la pisoteó, dejando escapar el agua estancada. Le dijo entonces Jesús: «Así como se ha disipado esta agua, se disipará también tu vida». Y en el instante quedó seco aquel muchacho.

XLVII. Una muerte repentina

En otra ocasión era ya de noche y volvía Jesús a casa en compañía de José. De pronto se presentó un muchacho que venía corriendo en dirección contraria y dio a Jesús un golpe tan fuerte que le hizo caer. Entonces le dijo el Señor: «Así como me has tirado, de la misma manera caerás tú para no levantarte más». Y al instante se desplomó el muchacho y expiró.

XLVIII. El maestro confundido

1. Había en Jerusalén un tal Zaqueo que se dedicaba a enseñar a los niños. Un día le dijo a José: «¿Por qué no me traes a Jesús para que aprenda las letras?» Asintió José, y fue a decírselo a María, y lo llevaron a casa del maestro. Éste, nada más verle, le preguntó el alefato y le mandó que pronunciara *Aleph*. Cuando hubo dicho *Aleph*, el maestro ordenó que pronunciara *Beth*. Replicó entonces Jesús: «Dime primero tú a mí lo que significa la letra *Aleph* y entonces te pronunciaré yo a ti la *Beth*».

2. Al ver que el maestro le amenazaba con el látigo, Jesús expuso la significación de las letras *Aleph* y *Beth*. Y asimismo qué figuras de letras eran rectas, cuáles torcidas, cuáles en forma de espiral, cuáles puntuadas y cuáles no; por qué una letra precedía a otra. Y muchas cosas del mismo estilo que el maestro no había oído ni leído en su vida. Dijo finalmente Jesús al maestro: «Préstame atención mientras te voy explicando». Y empezó a recitar claramente *Aleph, Beth, Ghimel, Daleth* hasta *Thau*. El maestro, lleno de admiración, exclamó: «Este niño ha nacido antes que Noé, según pienso». Luego se dirigió a José en estos términos: «Me has traído este niño para que le diera instrucción, y resulta que es más docto que todos los maestros». Y dijo finalmente a María: «Tu hijo no tiene necesidad de instrucción alguna».

XLIX. EL PROFESOR CASTIGADO

Lo llevaron después a un maestro más instruido, quien, al verlo, le mandó pronunciar *Aleph*. Cuando lo hubo hecho, le dijo: «Di ahora *Beth*». A lo que replicó Jesús: «Dime primero la significación de la letra *Aleph* y luego te pronunciaré la *Beth*». Entonces el maestro levantó la mano para castigarle con un látigo, pero se le quedó seca la mano y él murió al instante.

L. JESÚS, MAESTRO

1. Al cumplir los doce años le llevaron a Jerusalén para la fiesta. Terminada ésta, sus padres se volvieron. Pero Él se quedó entre los doctores y eruditos de Israel, a los que hacía preguntas relativas a sus respectivas especialidades, respondiendo a su vez a las cuestiones que se le proponían.

2. Y entre otras cosas les preguntó: «¿De quién es hijo el Mesías?» Respondiéronle: «De David». Les dice: «¿Y cómo, pues, éste le llama su Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies?»

3. Le dice de nuevo el principal entre los doctores: «¿Tú lees libros?» «Sí leo —dijo Jesús—, y todo lo que en ellos se contiene». E inmediatamente se puso a explicarles los libros de la ley (Thorá), los preceptos, los estatutos y los misterios contenidos en los profetas; cosas a que no alcanza la inteligencia de criatura alguna. Dijo, pues, el doctor aquel: «Yo por mi parte he de confesar que hasta ahora no he tenido ocasión de aprender ni oír nunca tales cosas. ¿Quién pensáis que será este niño?»

LI. JESÚS Y EL ASTRÓNOMO

1. Se encontraba allí un filósofo ducho en astronomía, quien preguntó a Jesús si había estudiado esta ciencia.

2. La respuesta de Jesús consistió en hacer una exposición del número de esferas y de cuerpos que hay en el firmamento, de su naturaleza y propiedades, de su contraposición, de su aspecto triangular, cuadrangular y hexagonal, de su trayectoria de ida y vuelta, de

sus posiciones en minutos y segundos y de otras muchas cosas a que no alcanza la razón.

LII. JESÚS Y EL FÍSICO

1. Había también entre los circunstantes un filósofo muy impuesto en las ciencias naturales, el cual preguntó a Jesús si por ventura había estudiado medicina.
2. Él por respuesta le explicó la física, la metafísica, la hiperfísica y la hipofísica; las fuerzas del cuerpo, sus humores y los efectos de ambos; los efectos del calor y de la sequedad, del frío y de la humedad y de todo lo que de ellos proviene; la actuación del alma en el cuerpo, su sentido y sus efectos; en qué consiste la facultad de hablar, de airarse, de apetecer; la articulación y desarticulación; y, finalmente, otras muchas cosas a que no alcanza el entendimiento de criatura alguna.
3. Entonces se levantó el filósofo y se postró ante él, diciendo: «Señor, de aquí en adelante seré tu discípulo y tu siervo».

LIII. HALLAZGO DE JESÚS

1. Mientras hablaban entre sí estas cosas y otras por el estilo se presentó allí María, que llevaba tres días consecutivos buscando a Jesús en compañía de José. Al verlo, finalmente, allí sentado en medio de los doctores, preguntando unas veces y otras respondiendo, le dijo: «Hijo mío, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? He aquí que tu padre y yo venimos en tu busca con gran fatiga». Mas Él respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿Es que no sabéis que me es conveniente estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron sus palabras. Entonces los doctores preguntaron a María si aquél era su propio hijo. Y asintiendo ella, le dijeron: «Bienaventurada de ti, María, porque has dado a luz un niño como éste».
2. Y volvió con ellos a Nazaret, dándoles gusto en todas las cosas. Y su madre, por su parte, conservaba todo esto dentro de su corazón. Mientras tanto Jesús iba creciendo en edad, en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres.

LIV. VIDA OCULTA

Desde entonces empezó a ocultar los milagros y a dedicarse al estudio de la Ley, hasta que cumplió los treinta años, que fue cuando el Padre le dio a conocer públicamente a la orilla del Jordán con esta voz bajada del cielo: «Éste es mi hijo amado, en quien reposo», estando presente el Espíritu Santo en forma de blanca paloma.

LV. DOXOLOGÍA

Éste es Aquel a quien adoramos suplicantes, el que nos dio el ser y la vida, el que nos sacó del seno de nuestra madre, el que tomó un cuerpo humano por nosotros y nos redimió para darnos el abrazo eterno de su misericordia y manifestarnos su clemencia por la liberalidad, la beneficencia, la generosidad y la benevolencia. A Él pertenece la gloria, la beneficencia, el poder y el imperio, ahora y siempre por los siglos sempiternos. Amén.

Aquí termina el evangelio íntegro de la infancia con el auxilio del Dios supremo y de acuerdo con lo que encontramos en el original.